

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ



## Desde adentro

Número 11 / junio de 2008

### Con lápices enfrentan la guerra

Por Laura del Mar

Cambié el dial de mi radio, buscando algo que valiera la pena escuchar. La palabra "norte" me hizo devolver con afán el botón en el aparato. Escuchaba con atención al locutor:

– Un grupo de jóvenes de Ciudad Norte, han enviado una circular con el fin de protestar contra la discriminación a la que están siendo sometidos, por el hecho de ser habitantes de ésta parte de la ciudad de Bucaramanga. Dicen que en sus hojas de vida deben mentir y escribir otra dirección que no delate que habitan en uno de sus barrios por temor a...

¡Eso...! Eso era lo que buscaba. Esa era la luz que necesitaba para iluminar el camino que soñaba iniciar. Este era el empujón para lanzarme a realizar aquel plan secreto que venía trazando desde hace unos meses.

Esa mañana el periódico local exhibía en primera página un título con grandes letras color rojo que volvieron a taladrar huecos en mi corazón: ¡Tres muertos este fin de semana en Ciudad Norte! Sentía su alma maltratada. Vivía en el Norte, muy cerca de esas calles donde habían ocurrido las muertes. ¿Pero, dónde? ¿Cómo es que duermo, camino, respiro y vivo en ese lugar y no he visto la violencia, aquella que anuncian los diarios cada mañana con esas grandes letras? Las noticias y la mayoría de habitantes de la otra parte de la ciudad se referían a sus vecinos como "los ñeros" del Norte. Entonces, ¿Si yo era parte de esta comunidad era una ñera? Y mis hijos, ellos se levantaban en el Norte. Cuántos rechazos habían soportado a causa de esto. Mi familia se había escandalizado cuando había tomado en arriendo la casa allí.

– ¿Qué le pasa hija? ¿Cómo es que se le ocurrió irse a vivir por allá?, me dijo mi madre.  
– ¡Mamá! No me diga eso usted también, le dije. Las cosas no son así, son barrios normales, con niños jugando en la calle, señoras que compran el pan en la tienda de la esquina, hombres que salen a trabajar todos los días... con gente que lucha y sueña por el bienestar y progreso de sus hijos. No juzgue sin conocer.

– ¿Es que no lee la prensa? ¿No escucha las emisoras?  
– No tengo trabajo, donde vivo el arriendo es barato y puedo pagarlo.

Hacía muchos años que nadie me daba trabajo. Mi venta de comidas rápidas había terminado estampada en una pared por una buseta que se salió de su ruta. Se le vino encima y me dejó sin plante. Me quedé sin con qué sostener la familia. Sabía que tocaba hacer algo y rápido. Era urgente. Me gustaba escribir poemas y cuentos. Asistía a tertulias y talleres, donde me aceptaban con facilidad, pero cuando se enteraban que vivía en el Norte, me miraban raro. Desconfiaban de mí. En algunas ocasiones me enfrenté a hombres que pensaban que una mujer habitante del Norte era sinónimo de prostituta. ¡Cuánto dolía ese estigma que le pusieron a más de 50 barrios, entre asentamientos y refugios de desplazados!

Yo ya había publicado mi primera novela así que resolví hacer algo con eso. Empecé a salir a los parques a reunirme con los niños del Norte a leer poesías y cuentos. Visité colegios de primaria y bachillerato y solicité un espacio para motivar los niños a la lectura y la creación de sus propios textos. Al año ya dictaba, como toda una maestra, talleres de literatura, patrocinada por la Alcaldía. Estábamos listos para una revolución cultural. La propuesta que le hicimos al Instituto de Cultura para realizar un concurso de cuento

y poesía exclusivo para los del Norte, en mayo de 2005 prosperó. Feliz corrí a mi casa para compartir con mis hijos. Mi mamá me dijo con humor hiriente:

– Cuando sus hijos tengan hambre, les cocina sopa de letras.

Todos los días salía de casa muy temprano, subía las colinas del Norte para poder llegar a cada escuela, a cada esquina del barrio donde encontraba a los jóvenes reunidos matando el tiempo. Muchas veces los acordes de mi estómago reclamándome alimento, acompañaban mis charlas. La editorial, con la que publiqué mi novela, me obsequió afiches para publicitar el concurso y la edición del libro donde aparecerían los diez ganadores.

– Qué lástima que usted pierda el tiempo de esa manera con “esa gentuza” del Norte, me decían colegas escritores.

– Soy parte de “esa gentuza”, les respondía.

– Ya verá que no le llegarán poemas ni cuentos. ¡Qué van a saber escribir algo que valga la pena, a esa gente no le interesa la cultura!

El día que cerraron las urnas habían llegado doscientos cincuenta textos entre cuentos y poemas. ¡Éxito pleno y total! El 26 de septiembre el diario *El Tiempo* tituló: Con lápices enfrentan la guerra. La prensa y emisoras locales siguieron el ejemplo y poco a poco fueron apareciendo en sus espacios culturales los rostros del Norte... mostrando sus talentos, sus creaciones.

Ya vamos por la tercera versión del concurso. En verdad en el Norte la gente se ha armado de lápices. Así fue como, con mis vecinos, hemos ido borrando, con el láser de la literatura, el horrible tatuaje que la sociedad había dibujado en la piel de los habitantes de Ciudad Norte. Es una forma de clamar por la igualdad, sin gritos, ni protestas, ni cierre de calles, ni piedras, ni armas de fuego. Cada año me encontrarán yendo en el bibliobús de la Biblioteca Municipal a cada barrio, a las bodegas del Café Madrid, refugio de desplazados y damnificados, al lejano barrio de Estoraques con mis poemas, canciones y cuentos a pellizcar la vida de estos niños y jóvenes y a decirles, que no estamos solos, hay miles de lectores esperando nuestros escritos.